

LOS CHISTULARIS Y HÄNDEL

Por Javier Bello Portu

Fue el Padre José Antonio de Donostia quien en un artículo del «Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País», (1951. Año VII, Cuaderno 1.º, Páginas 25 a 39). señaló la hipótesis de que la música de la «Marcha de San Ignacio» «nos hubiera llegado de fuera, por la vía marítima».

Para ello aduce las pruebas que él encontró y explica, minuciosamente, todos los avatares por los que dicha melodía ha pasado, para poder así explicar de una manera racional lo que parece ser un posible origen de esa pieza.

No hay duda alguna de que la influencia clásica en nuestra música folklórica, sobre todo a lo largo del siglo XVIII, y una gran parte del XIX, es muy considerable.

Toda música popular, sea de cualquier país, se moldea sobre unas bases más o menos eruditas. A su vez, esta música popular resultante influye, más adelante, en la música creada por el técnico de la profesión, y los ejemplos de este último fenómeno son bien conocidos por todos y constantemente se van aclarando muchísimos casos, en los que la veta de un rescoldo popular aparece de manera inequívoca.

Arriba apuntamos un primer estadio, en el que lo popular se nutre de lo erudito, siempre de una manera vaga y sometida a constantes transformaciones.

No es fácil, si se trata de música algo antigua el dar con la corriente o fondo oculto que ha servicio de molde, un tanto variable, a los ejemplos que nos llegan en forma tradicional.

Aquí, vamos a dejar esta serie de fenómenos, para fijar nuestra atención en aquellos casos, concretos, más modernos, en los que la música erudita, clásica concretamente en el caso que nos ocupa, no solamente influye, sino que se nos presenta tal y cual es en su original concebido y creado por un autor bien conocido. Bien entendido que únicamente es la melodía, sin su ropaje armónico-contrapuntístico, la que ha llegado popularmente a nosotros, ya que tratándose de

chistularis, servidos de instrumentos rústicos, no han podido abordar las exigencias del original.

La mayor parte de los individuos que siguen con alguna curiosidad las manifestaciones folklóricas de nuestro país, habrá oído multitud de tocatas, marchas, gavotas, minués, contradanzas, etc., que figuran en el repertorio habitual de nuestros chistularis y que tienen un marcado sabor clásico, esto es, del período conocido por ese apelativo en la música culta de occidente; el período que va desde los Bach y Händel, hasta el que declina con la muerte de José Haydn, comprendido en él, bien claro está, Mozart.

Muchos aficionados, y algunos eruditos, han señalado tal o cual pasaje de un trio de Mozart, de alguna sonata de Haydn, e incluso algún motivo de Beethoven, que parecen reproducidos, o ligeramente alterados, en ésta o aquella melodía que sirve para amenizar algún baile del país.

Dejándonos aquí de estos parecidos más o menos vagos, vamos a fijar nuestra atención sobre una marcha, o pasacalle, que figura en el repertorio actual de la mayor parte de las agrupaciones de chistularis de hoy.

Se trata de una melodía en el compás de doce por ocho y que la he oído a los chistularis de Pamplona, cito uno de los ejemplos solamente, cuando van con la Corporación Municipal de esa Ciudad, y a los sones de la cual los Danzaris de ese Ayuntamiento, con la bandera al frente, saltan y evolucionan cuando la citada Corporación se traslada por las calles de Pamplona en días de fiesta señalados.

La he oído, asimismo, como tocata de fiestas, cuando los chistularis recorren las calles de un pueblo en la mañana de alguno de los días de fiesta.

Nunca me había detenido a considerar si esta melodía podía o no ser clásica, ni de autor extraño al país. Las hay tantas en ese estilo y tan poco diferenciadas, y por otra parte, es tan usual y tan conocido ese ritmo, que nada hacía pensar en un modelo particular y específico.

Pero, encontrándome en la Biblioteca del Conservatorio Nacional de Música de París, en la Rue de Madrid, buscando algo latino de Händel, para poderlo incluir en un concierto dedicado a conmemorar el segundo centenario de la muerte de ese maestro (14 de Abril de 1759), al leer y copiar el salmo de vísperas, «Laudate pueri Dominum», ví, con gran sorpresa, que esa melodía aquí reproducida, tal y como la oímos a nuestros chistularis, es la que la soprano solista canta en uno de los versos de ese salmo hendeliano.

Es una aria para Soprano solista, dos óboes, violas, contrabajo y continuo.

Allegro.

Oboe.

Tutti.

Oboe.

Tutti.

violin. Soprano Solo

ox-cel sus su-per a-mes, su-per a-m-nes-ten

do-mi-nus.

del Salmo "Laudate Patrem Dominum"

Ps. 113.

(II Psalmus de Virgines)

Jorge Federico Händel

Así, por la mano de algún organista de pueblo, o, quién sabe si por medio de alguno de nuestros enciclopédicos Caballeritos de Azcoitia, —¿no era íntimo amigo de Rousseau, filósofo y músico a

un tiempo, el extraordinario azcoitiano, Don Ignacio Manuel de Altuna y Portu?—, nos encontramos con que los chistularis de nuestro país vasco alegran las calles de nuestros pueblos en fiesta con una clara, inspirada y bella melodía, tomada del gran Händel, grande entre los grandes.

El dato éste me parece de extraordinaria importancia para el ulterior estudio que queda por hacer de nuestro folklore instrumental, más que el vocal. No debemos conformarnos con ligeras semejanzas y parecidos más o menos caprichosos y arbitrarios. Ejemplos como el aquí analizado irán surgiendo si nos dedicamos a un estudio analítico, sereno y frío, de nuestras manifestaciones culturales de tipo popular y tradicional.

Nada perderá nuestro folklore, suficientemente rico y variado para poder soportar pruebas racionales como éstas, con un metódico y científico análisis. Al fin de cuentas, en el arte, como en la naturaleza, nada se crea ni se destruye: todo se transforma.

La labor que en un sentido parecido emprendió el Padre José Antonio de Donostia, puede ser brillantemente continuada, y los resultados no se harán esperar. Dejémonos de purismos ridículos, de amañamientos sospechosos, y vayamos al puro campo de la ciencia con el espíritu sereno y confiado de auténticos investigadores. Nada debe asustarnos y sepamos mirar, cara a cara, el amplio y limpio mediodía de nuestra cultura popular. Imitemos, en lo que podamos, el extraordinario esfuerzo que un Julio Caro Baroja viene realizando, desde hace muchos años, y con resultados tan sorprendentes y palpables, en ese campo aludido y señalado.

Ahora que se cumplen, justamente, los doscientos años de la muerte, en Londres, de uno de los más extraordinarios músicos que jamás haya existido, Jorge Federico Händel, y que todo el mundo musical de Occidente se dispone a conmemorar con la mayor brillantez posible, los vascos de la calle podemos sumarnos, con una típica tocata —¿quién se atreverá a dudar de que ella no es vasca, hoy?— al acontecimiento máximo musical del año en que vivimos: el año 1959.